





Una mezcla de flaquezas

A*



Robertson Davies

Una mezcla de flaquezas

Traducción de Concha Cardeñoso Sáenz de Miera

Libros del Asteroide *

Primera edición, 2012
Título original: *A Mixture of Frailties*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © Robertson Davies, 1958

© de la traducción, Concha Cardeñoso Sáenz de Miera, 2012
© de la ilustración de cubierta, Fede Yankelevich
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Avió Plus Ultra, 23
08017 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-92663-62-0
Depósito legal: B. 14.375-2012
Impreso por Reinbook S.L.
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño de colección y cubierta: Enric Jardí

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Canada Council for the Arts.



**Canada Council
for the Arts** **Conseil des Arts
du Canada**

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.



Nada mejor que una mezcla de flaquezas para atemperar la arrogancia humana. Ellas nos dan la lección justa para que no nos ensañemos con el prójimo, porque muy a menudo somos nosotros quienes merecemos el castigo. Cuando, iracundos, condenamos, nos llaman suavemente la atención y nos aconsejan dulzura en voz baja.

HALIFAX



UNO



Fue oportuno que el entierro de la señora Bridgetower se celebrase un jueves, porque siempre había sido el día de recibir visitas en casa. De la misma forma que dominaba su salón, dominó la catedral de St. Nicholas el gélido 23 de diciembre en que se celebraron las exequias. Había planeado la ceremonia hasta el último detalle, como hacía en vida con sus deberes y prácticas sociales.

Por supuesto, el Libro de Oración dicta los aspectos formales del rito funerario anglicano y la señora Bridgetower no tenía nada que objetar. Cada celebración social se desarrolla en el marco que le es propio, pero es en la atención a los detalles donde la anfitriona excepcional se eleva por encima de la mediocridad. Apenas dos horas después de que el médico anunciara que había expirado, el señor Matthew Snelgrove, abogado de la señora, entregó a Solomon, hijo de ésta, un sobre grueso en el que, con la letra grande y firme de su difunta madre, decía: «Instrucciones para mi funeral».

«¡Pobre Solly! —se compadeció Veronica, la nuera de la difunta—. ¡Qué mal lo ha pasado!» Lo más difícil de todo fue encontrar en tan poco tiempo un féretro que se pareciese lo más posible al del profesor Bridgetower, enterrado hacía dieciséis

años. La señora Bridgetower especificaba el número y las características del modelo, pero las modas cambian y costó ímprobos esfuerzos encontrar a tiempo algo semejante. Por otra parte, la señora Bridgetower había hecho constar que no deseaba yacer en una cripta en espera de mejor tiempo, y como la tierra ya estaba helada en esa época del año, fue necesario utilizar sopletes y martillos neumáticos para cavar la fosa. No hubo que insistir mucho para que la señorita Laura Pottinger («mi querida Puss siempre ha tenido un gusto excepcional para esas cosas») se prestara a ocuparse de las flores de la iglesia, pero la anciana estaba tan afectada de aflicción y soberbia que discutió con todo el mundo y sacudió un bastonazo a un ayudante del director de Pompas Fúnebres. Por suerte, Veronica pudo evitar a Solly la mayor parte del trato con la señorita Puss. También se encargó de escribir y mandar doscientas invitaciones, pues, aunque la señora Bridgetower insistía en que fuese una ceremonia íntima, había dejado una larga lista de personas con cuya presencia deseaba contar en su funeral. Del mismo modo, había especificado el traje con el que debían vestirla, pero, como en el momento de su muerte ya no le cabía, Veronica tuvo que ensancharlo y ponérselo encima al cadáver... tarea que le resultó bastante desagradable. Además de vestirla, la peinó y la maquilló con delicadeza, tal como decían las *Instrucciones*, pues esa parte no debía hacerla un empleado varón bajo ningún concepto; la señorita Puss no se separó de su lado en toda la hora que duró la macabra operación ni dejó de darle consejos y hacer comentarios fastidiosos. En suma, Veronica hizo todo lo posible por evitar mayores disgustos a su marido, que ahora estaba sentado junto a ella, pálido y desencajado, pero no de dolor, sino de temor, por si algo salía mal.

No era la ceremonia lo que lo preocupaba, pues ya estaba prevista y no dependía de él, sino el té que debían ofrecer cuando volvieran del cementerio. Iba a ser una tortura, pues estaban invitados todos los asistentes y seguro que ninguno se lo

perdería. Por la mañana retiró de la sala el sillón de su madre pensando en la impresión que podía causar a sus amistades más antiguas. No obstante, la más antigua de todas, la señorita Pottinger, lo sorprendió in fraganti y lo tildó de despiadado. Entre lágrimas de rabia, dijo que el sillón de Louisa debía ocupar su lugar de siempre y que no consentiría de ninguna manera que una reliquia de un espíritu tan magnífico y dulce como el de la difunta fuera relegada al desván el mismo día de su entierro. Y para asegurarse de que, por ignorancia, nadie cometiera el sacrilegio de sentarse en él, pondría allí una corona de flores: el centro de rosas blancas de la Orden Imperial de Hijas del Imperio. Y así fue como el sillón, convertido en sagrario (y, para Solly, en augurio de la tortura que había de llegar), se quedó donde estaba.

La ceremonia iba cumpliéndose puntualmente. Obedeciendo las *Instrucciones*, se había reunido el coro completo, mejor dicho, tan completo como fue posible en un día laborable. Puesto que las escuelas estaban cerradas por vacaciones navideñas, de los veinte niños del coro de la catedral pudieron presentarse dieciocho, más ocho hombres. Cuarenta dólares para los hombres y treinta y seis para los niños, porque su madre así lo quería. Cantaron *Man That Is Born*, de Samuel Sebastian Wesley y, a continuación, *Thou Knowest, Lord*, de Purcell. Por fortuna, la selección complacía tanto a su madre como a Humphrey Cobbler, el organista de la catedral. Falta-ba lo más arriesgado.

Lo más arriesgado era la contribución personal de la señora Bridgetower a las exequias. En su momento, ella había asistido a muchos entierros, pero no estaba conforme con lo que decía el Libro de Oración a propósito de la muerte, porque parecía que se dirigiera sólo a los hombres. Siempre había sido feminista, aunque con clase, y como tal consideraba que al oficio fúnebre le faltaba un toque femenino y eso fue lo que quiso aportar al suyo: dejó dicho que debía cantarse una canción en concreto

y que debía hacerlo una voz femenina. En la última carta a su hijo decía que admiraba la calidad del coro de niños y hombres con el que el señor Cobbler había sabido adornar St. Nicholas, pero que en su entierro quería que una mujer cantase *My Task*, en la deliciosa versión que E. L. Ashford había compuesto para el entrañable e inspirador poema de Maude Louise Ray.

Al deán no le gustó la idea, pero no se atrevió a vetarla, porque sabía que tendría que enfrentarse a la señorita Puss. En cambio, Humphrey Cobbler protestó; era amigo de Solly y se permitió hablar con total libertad.

—La música es como el vino, Bridgetower —le dijo—, cuanto menos gente la conozca, mejor sabe. No puedes consentir que se cante semejante empalago en el funeral de tu madre. Nos hundirá a todos en la miseria.

Sin embargo, tras una larga discusión, tuvo que ceder, e incluso se comprometió a buscar a una cantante.

La cantante estaba a punto de comenzar. El deán dejó caer unas palabras que, en opinión de Solly, eran una forma disimulada de quitarse responsabilidades de encima.

—A continuación —dijo el deán—, por deseo expreso de nuestra difunta hermana, se cantarán en este oficio unos versos que le eran muy queridos.

Y tomó asiento en su sitial con una actitud completamente ajena a lo que allí pasaba... y completamente sorda.

«En realidad lo que le fastidia no es el poema —pensó Solly, enfurecido—, sino que vaya dedicado a mi madre. Bueno, así lo quería ella y así se hará. ¡A la mierda todo el mundo!»

La cantante estaba al lado del órgano con Cobbler, de manera que no se la veía desde la nave. Sólo se oyó su voz limpia, pura y tierna.

*To love someone more dearly ev'ry day;
To help a wand'ring child to find his way;
To ponder o'er a noble thought, and pray;*

*And smile when ev'ning falls:
This is my task.**

«¿Se identificaba con eso? —pensó Veronica—. Seguro que no le parecía tan cargante como a nosotros. ¡Y sobre todo los seis últimos meses! ¿Y a eso lo llamaba “sonreír al caer la noche”? Pero lo intenté, lo intenté de verdad. Me sacrificué por ella como no lo hice jamás por mi madre. Me esforcé cuanto pude por demostrarle que Solly no se había equivocado casándose conmigo. ¿Conseguí conmovérla un poco alguna vez? Eso espero; ruego que así sea. Prefiero no pensar mal de ella.»

Un desvaído sol de invierno entró por una ventana de la catedral. La voz argentina y serena, un poco resonante bajo la bóveda, seguía cantando.

«*To follow truth as blind men long for light*»: ** Veronica miró a su marido de reajo: lloraba en silencio. «A pesar de todo, la quería de verdad —pensó—. ¡Cuánto me gustaría creer que ella también lo quería!»

[2]

El convite tras las exequias fue mucho peor de lo que Solly temía. No es fácil organizar actos de esa clase y, desde el primer momento, las dos viejas criadas de su madre manifestaron que estaban demasiado conmovidas para ocuparse de ello, aunque eso no les impidió poner toda clase de trabas al restaurador que contrataron para organizarlo. No les pareció suficiente la selección de tres clases de sándwiches y otras tantas de pastelitos, más la tarta de fruta que propuso el hombre, porque,

* «Amar a alguien más cada día; / ayudar a un niño perdido a encontrar el camino; / reflexionar sobre una idea noble y rezar; / y sonreír al caer la noche: / ésa es mi tarea.» (En adelante, todas las notas de este libro son de la traductora, salvo que se especifique lo contrario.)

** «Seguir la verdad como los ciegos suspiran por la luz.»

según ellas, los familiares de Montreal, los Hansen, esperarían fiambre y además, por ser fechas tan cercanas a la Navidad, no bastaría con tarta de fruta normal y corriente, sino que todos esperarían tarta de Navidad. La señora nunca habría escatimado esos detalles. Cuando la anciana Ethel, la cocinera, cayó en la cuenta de que era jueves, el día de recibir de la señora, tuvo otro acceso de llanto y dijo que, a pesar de todo, se encargaría de preparar el té del funeral aunque muriese en el intento. Solly se vio incapaz de resolver la situación y fue Veronica quien por fin logró poner más o menos de acuerdo a la cocinera, a Doris (la criada de la limpieza) y al restaurador.

Tampoco éste era manco en lo tocante a orgullo profesional y tenía muy claro cómo debían hacerse las cosas. Respecto al apartado de la bebida, dijo que haría falta jerez para las señoras que sólo probaban la bebida en los entierros, y que siempre había algún invitado del viejo continente que pediría oporto... sobre todo si se ofrecía fiambre. En cuanto al resto, casi todos preferirían bebidas fuertes y querrían tomar algo nada más llegar a la casa. Los entierros en invierno eran mortales, todo el mundo llegaba medio muerto del cementerio. Además, Solly tendría que ocuparse personalmente de ir a comprar los licores, porque la licencia de proveedor profesional de banquetes no cubría celebraciones funerarias. Lo que sí podía aportar eran copas y mezcladores. Aconsejó a Solly que encargase a un buen amigo el servicio de barra; desentonaría mucho contratar a un camarero profesional para un entierro, parecería demasiado calculado. Asimismo, era preferible retirar de la repostería la cobertura que decía «Feliz Navidad», pues resultaba demasiado alegre.

Solly cumplió: la víspera del entierro compró en la licorería un surtido de bebidas por valor de ciento cincuenta dólares y lo llevó a casa. En cuanto al amigo que supiera preparar y servir brebajes, a falta de otro mejor, pidió ayuda a Humphrey Cobbler, el organista de la catedral.

Entonces, cuando lloró mientras cantaban *My Task* en la iglesia, ¿era por su madre? Sí, era por su madre, pero también por Veronica, por lo mal que lo había pasado los tres últimos días. Le preocupaba que no hubiera comida suficiente para todos y le preocupaba que hubiera demasiada, porque tendría que comer sobras una semana seguida. Le preocupaba que Cobbler perdiera la compostura al verse dueño y señor de la barra. Le preocupaba que los Hansen se quedaran toda la tarde en casa hablando de asuntos familiares, como solía hacer la parentela en los funerales, en vez de volver prudentemente a Montreal en el tren de las siete. Deseaba sobrevivir como fuera a las horas siguientes, prepararse un trago en condiciones e irse a la cama.

[3]

Solly y Veronica fueron al cementerio en la limusina de Pompas Fúnebres, acompañados por el tío George Hansen, hermano de la señora Bridgetower, y su esposa, que era estadounidense. Sin embargo, en cuanto terminó el entierro, acudieron enseguida al lugar en el que Solly había dejado su cochecito unas horas antes, para ayudar a recibir a la comitiva a medida que fuera llegando ansiosa por tomar algo fuerte, comer un poco y calentarse junto a las chimeneas.

—¿Crees que vendrán todos? —preguntó Veronica cuando salieron por la puerta del cementerio.

—Lo más seguro. ¿Has visto cuánta gente? Pensaba que no vendría más que un centenar al cementerio, pero me da la impresión de que no ha faltado nadie. ¿Crees que habrá comida suficiente para todos?

—No sé. Es la primera vez que tengo algo que ver con una cosa así.

—Como yo. Ronny, por si me vuelvo loco o algo antes de que termine el asunto del té, quiero que sepas que has estado

maravillosa en todo. Dentro de una semana o así nos vamos de vacaciones a olvidarlo todo.

[4]

La casa parecía alegre cuando llegaron, festiva incluso. Estaban encendidas las chimeneas de la sala, el comedor y la biblioteca, donde se encontraba Cobbler dispuesto a servir bebidas detrás de una improvisada barra de bar. Al entrar Solly y su mujer se oyeron unas risitas y unas carreras, y Ethel y Doris se escabulleron en dirección a la cocina.

—Acabo de dar a las chicas un jerez con ginebra bien cargado, para reanimarlas un poco —dijo Cobbler—. Están muy afectadas y necesitan algo vigorizante. Bien, ¿qué queréis tomar?

—Dos chupitos de whisky de centeno —dijo Solly— y, por el amor de Dios, Humphrey, sé prudente.

—Ya me conoces —dijo Cobbler sirviendo bebida generosamente.

—Sí —contestó Solly—, por eso me preocupo. Lo único que te pido es que no hagas ninguna tontería en las dos próximas horas.

—Me ofendes —replicó el organista, intentando ponerse digno. Sin embargo, el traje le quedaba pequeño, el cuello de la camisa estaba raído y la corbata se le iba torciendo hacia la oreja izquierda. El rizado pelo negro se le había puesto de punta, como una escoba, y los negros ojos le brillaban con una calma desconcertante—. Insinúas que no tengo sentido del decoro; no te llevo la contraria; lo único que deseo es que se me permita cumplir con mi deber —dijo, y guiñó un ojo a Veronica con desparpajo.

«Es nuestro mejor amigo, desde que nos casamos, y es más bueno que el pan. ¡Si no fuera tan gamberro!», pensó ella, y le sonrió.

—Humphrey, por favor —le dijo.

Cobbler sonrió de nuevo, tiró al aire un terrón de azúcar y lo atrapó al vuelo con la boca.

—Confía en mí —dijo.

«¡Qué remedio!», pensó Veronica.

Empezaron a llegar los acompañantes del duelo y Solly fue a recibirlos. Se produjo un atasco en la puerta, pues unos se detenían a quitarse los chanclos y botas de goma, y otros, a limpiarse el barro del cementerio que traían pegado a los zapatos. Pasó media hora mientras subían arriba, se quitaban las prendas de abrigo, pasaban por el aseo y bajaban de nuevo a que Cobbler les preparase algo de beber.

El ambiente era festivo pero contenido, lo propio de esas ocasiones. Concluida la ceremonia en el cementerio, la gente se disponía a entrar de nuevo en contacto con la vida. Saludaban a Solly con medias sonrisas animándolo a sonreír a su vez; entre tanto, se oía un zumbido de conversaciones y alguna risa suave. Quien más, quien menos admiraba o apreciaba a la difunta, pero a nadie le había sorprendido que muriese a los setenta y un años de edad y cada cual había expresado suficientemente en el funeral la pena que pudiera sentir por su pérdida. Jevon Knapp, el deán de St. Nicholas, se acercó afanosamente a Solly; había dejado arriba la casaca y la sobrepelliz y se había calzado unos zapatos secos y calientes que la señora Knapp le llevaba siempre a los funerales en una bolsa a propósito para ese fin; se había puesto polainas y tenía en la mano un vaso largo de whisky con soda.

—Siempre me ha parecido que esta sala era una de las más bonitas de Salterton —dijo.

Solly no tuvo tiempo de contestar. La señorita Puss Pottinger, inconsolable y gran amiga de la difunta, apareció a su lado.

—Es como le habría gustado verla a nuestra queridísima Louisa —dijo con voz agresiva y temblorosa—. Siempre recibía en casa los jueves, ¿sabe, señor deán?

—Creía que era los primeros jueves de mes —dijo el deán—, pero hoy es el tercero.

—No importa —contestó la señorita Puss perdiendo el control del gesto y de la voz—, para mí, hoy es el último jueves de Louisa.

—Lo siento mucho —dijo el deán—. No pretendía contrariarla. ¿Acepta un traguito...? —dijo, ofreciéndole su copa.

Tras unos momentos de vacilación, la señorita Pottinger susurró:

—Jerez, creo que prefiero un poquito de jerez.

El deán la acompañó y poco después ya estaba dando sorbitos a una copa de jerez marrón oscuro en la que Cobbler había mezclado a escondidas un generoso chorro de brandy.

Inmediatamente, el tío George Hansen y su mujer entablaron conversación con Solly. La señora Hansen era estadounidense y, como sólo llevaba treinta y cinco años en Canadá, todavía le resultaban curiosas las costumbres del país y no perdía ocasión de comentarlo.

—Estas cosas me recuerdan más a Inglaterra que a mi tierra —dijo.

—Mi madre era muy conservadora —dijo Solly.

—Todo Salterton lo es —dijo el tío George—; ahora mismo estaba diciendo la anciana Puss Pottinger no sé qué de los jueves de Louisa. Creía que eso ya no se estilaba. Este debe de ser el último rincón del imperio británico en el que todavía se conserva la costumbre de los días de visita.

—La verdad es que mi madre era una de las pocas saltertonenses que todavía lo celebraban —dijo Solly.

—¿Ah, sí? Esta casa es antigua y bonita. ¿Vais a mantenerla tu mujer y tú?

—Todavía no he tenido tiempo de pensar en eso.

—No, claro, aunque supongo que ahora quedarás en muy buena posición, ¿no?

—No lo sé, señor.

—Seguro que sí. Tu madre nadaba en la abundancia y tú te quedarás con todo. Lo que sé positivamente es que a mí no me habrá dejado nada, seguro. ¡Ja, ja! Era un genio con el dinero, desde pequeña. Yo siempre le decía que era muy agarrada. ¿Tu padre os dejó mucho?

—Murió de repente, señor, ya sabe. El testamento era antiguo, de antes de mi nacimiento y, naturalmente, fue todo para mi madre.

—¿Ajá? Bueno, ahora todo queda en las mismas manos, ¿eh?

—Solly, ¿te das cuenta de que no he conocido a tu mujer hasta esta tarde? —dijo la mujer del tío George—. Louisa no nos contó ni una palabra de tu boda hasta muchas semanas más tarde, cuando nos escribió. La muchacha era católica, ¿no es eso?

—No, tía Gussie. La católica es la madre, pero a Veronica la educó su padre en el agnosticismo. Mi madre y su padre nunca se entendieron bien y me temo que mi madre se llevó un disgusto el día de mi boda. Voy a buscar a Veronica.

—¿Por qué la llamas Veronica? —dijo el tío George—. Según nos contaba Louie en su carta, la muchacha se llamaba Pearl.

—Y se llama —dijo Solly—, pero también se llama Veronica, y ella prefiere que la llame así. Su padre es el profesor Vambrace, ya sabe.

—¡Ay, Dios, ese energúmeno! —exclamó el tío George, y su mujer le dio un puntapié en el tobillo—. ¡Gussie! ¿Por qué me das una patada?

En ese momento se acercó un primo Hansen apoyado en un bastón y los interrumpió.

—A ver, George, ahora que ha muerto Louisa, el mayor de los Hansen eres tú, ¿no es eso?

—Tengo sesenta y nueve años —dijo el tío George—, seguro que tú eres mayor, ¿no, Jim?

—Tengo sesenta y ocho —dijo Jim con una sonrisa burlona.

—Pareces más viejo —respondió el tío George de mal humor.

—También tú aparentarías más edad si hubieras estado en la

batalla del Somme, como yo —dijo el primo Jim con el desparpajo de quien se ha ganado el derecho a ser cruel en el campo de batalla.

—A los canadienses os gusta mucho acaloraros —dijo la tía Gussie, y con razón, porque entre la calefacción y las tres chimeneas encendidas, la temperatura de las atestadas habitaciones era agobiante.

—Voy a ver si puedo remediarlo —dijo Solly, y se escabulló a otra parte.

Corrió escaleras arriba, a refugiarse en el único sitio al que tal vez no se atrevieran a subir los familiares de su madre. Al entrar en su cuarto de baño desde el vestidor, su mujer se coló también desde el dormitorio. Cerraron ambas puertas y se sentaron en el borde de la bañera a descansar.

—Se han puesto a discutir sobre quién es el mayor de la familia —dijo Solly.

—Varias personas me han insinuado que lo que ha matado a tu madre ha sido nuestra boda —dijo Veronica—. Necesitaba tomarme un respiro, la verdad.

—Seguro que mi madre lo ha repetido en cincuenta cartas.

—Ahora no te preocupes por eso, Solly.

—¿Qué tal lo está haciendo Humphrey?

—No se ha quejado nadie. ¿Siempre se bebe tanto en los entierros?

—No tengo ni idea. Es la primera vez que celebro un sarao de estas características.

[5]

Cuando Solly y su mujer bajaron de nuevo, la mayoría de los invitados había dejado de beber y se dedicaba a comer, excepto unos cuantos incorregibles que seguían merodeando por los alrededores de la barra. En general, el duelo se componía de

personas mayores, que no estaban acostumbradas al aire fresco de la tarde, y la visita al cementerio les había abierto el apetito. El restaurador dirigía las operaciones desde la cocina mientras sus cuatro camareras iban y venían cargadas con bandejas. Ethel y Doris, como integrantes del duelo, fingían colaborar en la distribución de comida, pero en realidad se dedicaban a entablar largas conversaciones en tono apesadumbrado con los allegados a la familia; un par de ellos estaban preguntándoles por las posibilidades que tenían de cambiar de empleo, ahora que la señora Bridgetower había muerto (porque, en realidad, ¿qué falta le hacían dos criadas a una pareja joven y sana?). Se suponía que la señorita Puss serviría el té, pero prefirió renunciar a semejante honor después de desbordar tres tazas consecutivamente, y parecía muy abatida; la menuda señora Knapp la sustituyó en la fatigosa tarea y, después de haber servido unos cien té, la relevó la señora de Swithin Shillito. Las falsas vigas del techo parecían más bajas y opresivas a medida que los invitados iban apiñándose en el comedor a devorar con apetito jamón, pavo, sándwiches, queso, tarta de Navidad y pastelitos. Los que se encontraban inmovilizados alrededor de la mesa pasaban amablemente platos llenos por encima de las cabezas de los demás a quienes no podían acercarse a los víveres. Ya nadie se acordaba de bajar la voz respetuosamente, se oían risas e incluso carcajadas y de no haberse tratado de un té en honor de una difunta se habría podido decir que la fiesta era todo un éxito.

El duelo había llegado del cementerio a las cuatro y hasta las seis nadie pensó en volver a casa. Fueron los Hansen de Montreal quienes iniciaron la despedida al ponerse en marcha porque tenían que coger un tren.

—¡Adiós, Solly, y feliz Navidad! —dijo a voces el tío George, que había vuelto al bar nada más terminar la copiosa merienda. Su mujer le dio una patada en el tobillo otra vez y el hombre se puso serio—. Bueno, lo más feliz que sea posible, dadas las

circunstancias —añadió, y se zambulló en busca de sus botas de goma en el barullo que se había formado a la entrada.

El primo Jim estaba sentado en las escaleras mientras su esposa, una mujer menuda, le ponía unos chanclos con paciencia y esfuerzo y se los abrochaba.

—Cuidado con la pierna mala —decía, irritado, a todo el que se acercaba.

La despedida de los Hansen llevó su tiempo; algunos, completamente equipados ya para salir a la calle, volvieron al salón a dar a Solly un apretón de manos o un beso en la mejilla. Cuando por fin se fueron todos, empezó el barullo de los saltertonenses, que buscaban sus abrigos y sus chanclos.

El señor Matthew Snelgrove, abogado y amigo de la señora Bridgetower desde hacía mucho tiempo, se acercó a Solly con complicidad. Era un hombre mayor, alto, tieso y rígido, con unas cejas muy prominentes.

—¿Le viene bien quedar mañana a las tres? —le dijo.

—¿Para qué, señor Snelgrove?

—Para abrir el testamento —dijo el abogado—. Tenemos que leerlo y aclararlo.

—Pero ¿es necesario? Creía que eso ya no se hacía. ¿No podemos quedar en su despacho cualquier día de la semana que viene?

—Creo que el deseo de su madre era que se abriera y leyera en presencia de todos los testamentarios.

—¿Todos los testamentarios? ¿Es que hay más? Pensaba que sólo usted y yo...

—Hay otros dos, y el testamento es complicado. Sí, bastante complicado. Creo que es mejor que conozca su última voluntad cuanto antes.

—Bueno... si usted lo dice...

—Sí, es lo mejor. Informaré a los demás. Entonces, a las tres, ¿de acuerdo?

—Como guste.

Solly no tuvo tiempo de pensar más, porque varias personas estaban esperándolo para despedirse. Los últimos fueron el deán Knapp y su mujer, que se acercaron llevando a la señorita Puss Pottinger cada uno por un brazo; la anciana parecía un poco desaliñada, como si alguien, y no ella misma, hubiera tenido que ponerle las prendas de abrigo para salir a la calle. Llevaba uno de los chanclos mal encajado en el pie y andaba como a trompicones.

—Nos llevamos a la señorita Pottinger a su casa —dijo el deán sonriendo, pero sin soltar el brazo prisionero de la tía Puss.

—¡Solly, querido niño! —exclamó la anciana.

Se liberó de la mano del deán y, sollozando, se arrojó en brazos de Solly y le estrujó las solapas de la chaqueta. Era evidente que quería darle un beso. Solly se agachó y aceptó resignadamente el húmedo y lloroso ósculo; a continuación la agarró por los hombros y se la entregó de nuevo a la señora Knapp, pero entonces la anciana hipó con fuerza, se cayó y estuvo a punto de derribar también a la mujer del deán. Cuando la levantaron del suelo y se la llevaron, seguía gimiendo y murmurando: «Nunca olvidaré el último té de... la pobre Louisa...». Eran los últimos, por fin.

—Bueno, bueno, bueno —dijo Cobbler al volver del vestíbulo, después de haber ayudado al deán a arrastrar a la tía Puss por la acera, que estaba bastante resbaladiza, hasta meterla en un coche—, ¡qué afectada estaba! ¡Qué pena!

—Estaba borracha —dijo Solly—. ¿Qué demonios le has dado de beber?

—La viejecita estaba tan apesadumbrada que necesitaba más que nada algo que la reanimase —dijo Cobbler—. Le preparé un jerez con un poquito de brandy y le sentó muy bien, pero ¿se conformó con uno? ¡Ah, no! Volvió varias veces a repostar. ¿Acaso debía negárselo yo? Una vez intenté que se lo tomase sin brandy, pero dijo: «Esto no es lo mismo», y me lo devolvió. El caso es que se tomó siete. No podía prohibírselo, habría ar-

mado un follón. No sé qué tal se encontrará mañana, pero yo estoy completamente libre de culpa. Nunca digas que no a una mujer, es un principio de toda mi vida.

Estaba ayudando a Veronica a recoger. Había servilletas de papel por todas partes, el piano estaba enterrado bajo platos sucios y la alfombra sembrada de tarta pisoteada. El insensible del primo Jim había tirado el centro de rosas blancas debajo del sillón de la señora Bridgetower, porque quiso sentarse allí y no supo entender el simbolismo.

—¡Por el amor de Dios, deja eso! —dijo Solly—. Ya se ocuparán Ethel y Doris.

—Me temo que las chicas no están para estos trotes —dijo Cobbler—. Me dijeron que no les quedaba aliento más que para irse a la cama. Una forma muy curiosa de decirlo, dadas las circunstancias.

—Humphrey, ¿qué les hiciste? —preguntó Veronica.

—¿Yo? Nada de nada; a mi entender, me limité a cumplir con mi obligación. La gente no paraba de pedir bebida y yo se la servía. La verdad, Solly, es que esos parientes tuyos, los Hansen, se las traen... son insaciables, todos y cada uno.

—¿Ha habido suficiente?

—Por los pelos. ¿Te das cuenta de que han pasado doscientas cuarenta y siete personas por aquí y ninguna era abstemia? Siempre lo cuento todo, es automático. En la catedral, cuento los fieles que asisten a cada oficio; al deán le gusta informarse de los índices de audiencia. Te aseguro que lo de hoy dice mucho a favor de tu difunta madre, pero hemos estado a punto de agotar las reservas. Nos hemos librado por poco.

Se sentó al piano de cola y cantó con gran expresividad la melodía de una conocida balada, *Homing*,* con la siguiente letra:

*All things get drunk at eventide;
The birds go pickled to their snoozing;*

* Dulce canción infantil con música de Teresa del Riego.

*Heaven's creatures share a mighty thirst...
Boozing... Bo-o-ozing.**

— ¡Humphrey, basta! —dijo Veronica—. Si no tienes más que hacer, ¿por qué no me preparas un trago? Estoy completamente agotada.

Cobbler preparó bebida para todos; Solly y Veronica se sentaron al lado de la chimenea procurando olvidar las penas y los sinsabores de los últimos días y el organista se puso a tocar preludios de Bach en el viejo piano para aliviarles un poco el ánimo.

[6]

El señor Snelgrove terminó de leer el testamento de la señora Bridgetower en el momento en que el reloj de la biblioteca daba las cuatro. Se lo había pasado en grande. Ya no se leían los testamentos formalmente, pero a él le parecía una espléndida demostración del ejercicio de la abogacía. Cuando una persona que ha hecho testamento fallece, queda en manos de Dios; al menos así lo creía el señor Snelgrove, quien, entre otros cargos muy dignos, ostentaba el de consejero legal de la diócesis cuya sede era la catedral de St. Nicholas; sin embargo, los asuntos terrenales del difunto quedan en manos de su abogado. Ese papel requería una majestuosidad que le complacía en grado sumo adoptar. Se sonó la nariz y se quitó los quevedos para frotarse los cansados ojos.

El ambiente en el que se leyó el testamento de la señora Bridgetower reunía cuanto el leguleyo de opereta podía desear. En la calle nevaba un poco y el cielo estaba plomizo y oscuro. En la chimenea de la biblioteca ardía el fuego e iluminaba los

* «Borrachos todos al caer la noche; / los pajaritos, contentos, la duermen; / las criaturas de Dios sedientas están / y beben sin pa-a-arar.»

vidrios emplomados de las anticuadas librerías que cubrían las paredes. La estancia, cómoda y oscura, resultaba agobiante y deprimente. Era el día de Nochebuena.

Los asistentes escuchaban impresionados, con la debida solemnidad. El deán Knapp, hundido en un sillón de piel, se rasca las cejas pensativamente, como si no pudiera creer lo que oía. La señorita Pottinger se mantenía muy erguida en una silla, esforzándose por no ceder a un dolor de cabeza que parecía extenderse a todo su pequeño ser; de vez en cuando un ardor amargo le subía a la garganta, pero, como buena hija de soldado que era, lo obligaba a retroceder. Le molestaba muchísimo el humo de la pipa de Solly, que fumaba sentado en el brazo del sillón que ocupaba Veronica. Fue él quien habló primero.

—Creo que entiendo el significado del testamento, aunque no estoy seguro del todo —dijo—, ¿podría traducírnoslo a lenguaje llano?

El señor Snelgrove accedió encantado. Lo que más le gustaba de su profesión era interpretar la jerga legal para que la entendieran los legos en la materia.

—T tecnicismos aparte —dijo—, significa que su difunta madre ha dejado todo su patrimonio en fideicomiso a sus albaceas, que son: Solomon Bridgetower, hijo de la difunta, es decir, usted; Laura Pottinger, soltera; y usted, Jevon Knapp, en calidad de deán de la catedral de St. Nicholas. Tal como se especifica aquí, dicho patrimonio consta de la casa y todo lo que contiene, más una suma considerable en valores e inversiones. Usted, Solomon Bridgetower, seguirá viviendo en la casa, pues es su hogar desde siempre, pero la propiedad no será suya, sino del fideicomiso, y no podrá disponer de ella. Los réditos del patrimonio se dedicarán a un proyecto educativo tal como lo ha esbozado su difunta madre.

—Es decir, ¿no me ha dejado dinero? —inquirió Solly.

—Es usted beneficiario de un legado de cien dólares —respondió el abogado.

—Sí, pero me refiero... a las inversiones, a las rentas de mi madre y todo eso... es que no acabo de entenderlo...

—Todo ese dinero se invertirá en la educación o estudios de una mujer joven, vecina de esta ciudad de Salterton, que desee dedicarse a algún arte. Dicha joven debe ser elegida por ustedes, los albaceas, con la condición de que no sea mayor de veintiún años en el momento de la elección; ustedes sufragarán el mantenimiento y los estudios de la joven en las mejores condiciones posibles, hasta que cumpla la edad de veinticinco años. Cursará estudios en el extranjero con la intención de que vuelva a Canadá pertrechada con «tesoros intangibles de la tradición europea», en palabras de su madre. Naturalmente, esa cláusula anula por completo la posibilidad de que estudie en los Estados Unidos. En el caso de que las condiciones para la disolución del fideicomiso no se cumplan en el plazo estipulado, es decir, cuando la beneficiaria cumpla los veinticinco años, deberán ustedes elegir a otra y así sucesivamente.

—¿Y yo sólo tengo derecho a cien dólares y a vivir en la casa?

—Usted no tiene derecho a nada si no se cumple la condición que dará por disuelto el fideicomiso. Si se cumple, desde el momento en que así sea, siempre y cuando continúe usted viviendo en la casa, percibirá algunos intereses vitalicios del patrimonio de su madre. Se estipulan sendos legados para las dos criadas, Ethel Colman y Doris Black, que se harán efectivos cuando se cumpla la condición, así como para Laura Pottinger, quien recibirá la vajilla de porcelana de Rockingham, y para la iglesia catedral de St. Nicholas, que será beneficiaria de todos los valores en cartera que la testamentaria poseía en acciones de telefonía y transporte.

»Este último legado está, a su vez, sujeto al cumplimiento de otra condición. Mientras la catedral no sea titular de las acciones de telefonía, en la festividad de St. Nicholas, el deán pronunciará siempre un sermón especial en torno al tema de la educación; estos sermones se denominarán “Sermones Conme-

morativos de Louisa Hansen Bridgetower”. En caso de no cumplirse alguno de estos requisitos, el legado quedará sin efecto.

— ¿Y seguía sin entender.

— ¿Y todo eso depende...?

— Todo depende de que tenga usted un hijo, señor Bridgetower. Sólo en el caso y a partir del momento en que su mujer, Pearl Veronica, Vambrace de soltera, y usted engendren un varón, al que bautizarán cumplidamente con el nombre de Solomon Hansen Bridgetower, se convertirá éste en heredero universal del patrimonio de su abuela, a excepción de los legados antedichos. Habida cuenta de que será usted beneficiario de un interés vitalicio en el patrimonio, su hijo no entrará efectivamente en posesión de la herencia hasta el momento en que fallezca usted, señor Bridgetower.

— ¿Y si tenemos una niña?

— El fideicomiso seguirá vigente.

— Es increíble.

— Poco común, sin duda.

— ¿Cuándo lo hizo?

— He leído la fecha en voz alta. Su madre firmó este testamento hace menos de tres meses.

— En bonita situación nos deja a mi mujer y a mí, ¿no?

— No favorece a nadie, Solomon —replicó el señor Snelgrove—. ¿Se ha dado cuenta de lo que me ha hecho a mí? No me ha nombrado albacea, como sin duda era de esperar por la antigua amistad que nos unía y por el aprecio que pensaba que me profesaba; me ha nombrado exclusivamente abogado de los albaceas: puesto remunerado. Y con una condición. Si en el plazo de un año a partir de la fecha de defunción no he liquidado todos los asuntos de su madre, el patrimonio dejará de estar en mis manos y pasará a las de Gordon Balmer, abogado al que (su madre lo sabía perfectamente) no tengo en la menor estima. Tal vez haya pasado usted por alto el comentario de su madre según el cual mi «codicia natural» me impulsaría a ponerlo todo

en marcha rápidamente. «Codicia natural» es una expresión de Derecho que aprendió de mí, y contra mí la ha vuelto. Su madre nos ha hecho probar el látigo a todos.

— ¿Hay que dedicar esos sermones a su memoria —preguntó el deán— hasta que la catedral entre en posesión de la herencia? Pero ¿y si ese momento no llega nunca? ¿Y si no nace un varón? Conozco a muchas familias... numerosas... que sólo tienen hijas.

— Tienen que pasar muchos años para que sea necesario buscar soluciones a esa situación, señor deán —respondió Snelgrove—; entre tanto los sermones deben pronunciarse, en espera y con esperanza. La menor omisión puede costar una suma considerable a la catedral.

Antes de hablar de nuevo, el deán se debatió en su fuero interno.

— ¿Puede darme una idea de a cuánto ascendería? —preguntó finalmente.

— Entre siete mil y diez mil al año, calculo —dijo el abogado.

Al oír la cantidad, a los presentes se les salieron los ojos de las órbitas.

— ¿Tan rica era mi madre? —preguntó Solly—. Lo ignoraba por completo, ¿sabe? Nunca hablaba de esas cosas. Creía que simplemente se las arreglaba bien.

— Hay muchos niveles de riqueza —dijo Snelgrove—. En algunos ambientes, su madre no habría podido considerarse rica, pero vivía con holgura... con mucha holgura. Sepa que recibió una herencia cuantiosa de su familia y que el patrimonio que le dejó su marido era bastante superior a lo que se podía esperar de un profesor de Geología. En la época de prosperidad de la minería, señor Bridgetower, su padre tenía allí muy buenos contactos. Además, su madre siempre fue una sagaz inversora.

— ¿De verdad? —dijo Solly—. No tenía la menor idea.

— ¡Ah, sí, sí! —afirmó Snelgrove—. No me cabe la menor duda de que su madre siguió la marcha de los mercados de

Montreal y Toronto con mayor atención, durante más tiempo y con mejor provecho que nadie en esta ciudad. Fue una mujer notable.

—Notabilísima, en efecto —dijo el deán. Estaba pensando en los sermones, comparándolos con la adquisición de alfombras nuevas y la posibilidad de solicitar coadjutor.

Veronica no había dicho nada hasta el momento.

—¿Tomamos el té? —preguntó.

Lo tomaron en un espléndido servicio Rockingham. La señorita Puss, que no había dicho nada en toda la tarde, lo miró calculadoramente y Veronica se dio cuenta.

—Es suyo, señorita Puss —le dijo con una sonrisa.

—Mío —replicó la anciana en voz baja, sin sonreír—, cuando se cumpla todo, si es que se cumple.

[7]

—En el asilo de los pobres era Navidad...* —recitó Humphrey Cobbler al tiempo que se separaba de la mesa del comedor de la difunta señora Bridgetower. Estaba expansivo después del banquete navideño con Solly y Veronica.

—Cierra la boca, Humphrey —dijo Molly, su mujer.

Era una mujer alta y fuerte, guapa y desaliñada, y siempre estaba tranquila y a gusto. Tiró a su marido una uva a la cabeza para hacerlo callar, pero acertó a dar en un centro que adornaba la mesilla auxiliar, el cual tintineó.

—No pretendía ofender —dijo Cobbler— ni creo que se haya ofendido nadie. Sólo quería dar a entender a estos amigos nuestros, que han evitado sistemáticamente el tema del testamento de mamá durante todo el excelente festín, que conocemos el pavoroso secreto y estamos con ellos en la pobreza. Iba a hacerlo

* «It was Christmas Day in the Workhouse», poema de George R. Sims (1847-1922).

delicadamente, recurriendo a la divina poesía, aunque era de esperar que no lo apreciases, zopenca mía.

Levantó la copa y volvió a recitar:

En el asilo de los pobres era Navidad,
el día más alegre y desenfrenado,
y a celebrar la gran festividad
todos los indigentes se presentaron.

Llegó entonces el señor de la casa,
ellos se arrinconaron contra las sucias paredes;
«Os deseo una feliz Navidad», les dijo;
los indigentes respondieron...

—¿Qué te han contado? —preguntó Solly—. No me digas que ya andan chismorreando por ahí.

—Chismorreando exactamente, no —dijo Cobbler—, más bien cuchicheando con más miedo que vergüenza. Esta mañana, justo antes de celebrar el nacimiento del Príncipe de la Paz con un coro de primera clase, me llegó el rumor de que el testamento de tu madre parece una broma de muy mal gusto y que te ha dejado sin blanca.

—Ya sabía yo que no tardaría en enterarse todo el mundo —dijo Solly—. ¿Quién lo dijo? Sólo lo saben tres personas; podrían haber tenido el detalle de callárselo unos días, al menos. ¿Quién fue?

—Tranquilízate, amigo mío —dijo Cobbler—. Tienes... a ver... sí, veintisiete años. La verdad es que deberías saber un poco más de gramática parda, ¿a quién se le ocurre que sólo lo sepan tres personas? Lo sabéis Veronica y tú, el deán y su mujer, sin duda; Puss Pottinger, que es la reina de la insinuación, y Snelgrove, así como su mujer, seguro, además de Ronnie Fitzalan y, probablemente, al menos las dos chicas de su despacho que hicieron las copias del testamento para los albaceas.

No te quepa duda de que tus incomparables Ethel y Doris, puesto que esperan recibir algo, habrán pegado el oído a las puertas o se habrán escondido debajo de tu cama. Ya son doce personas. Lo que sé me lo dijo esta mañana un tenor del coro al que no conoces, pero que te conoce a ti. Lo oyó anoche, cuando fue a cantar villancicos al hospital. Se sabe que tu difunta madre era rica y todo el mundo pregunta quién se lleva el pastel.

—Pues yo no sabía que fuera rica —dijo Solly.

—Pareces tonto, pero te creo —dijo Cobbler—. Nunca tenemos ideas realistas sobre nuestros padres. Era muy rúcana contigo cuando necesitabas dinero; seguro que te decía que tenía poco y tú te lo creías, como los niños buenos. Se hacía la viuda pobre. No tenías los ojos abiertos. No reparabas en lo grande que es esta casa ni en la cantidad de cosas horrendas pero caras que tiene; no se te ocurrió pensar que tu madre vivía más que desahogadamente, con dos criadas, en una época en la que la mayoría no tiene ni una; no se te pasó por la cabeza que disfrutaba de todo eso sin trabajar ni te fijaste en lo caro que resulta mantener costumbres eduardianas en pleno siglo xx. No hay nada tan caro como vivir en el pasado. No, tú creías lo que te decía y te tragabas que todo esto era un cuchitril de pobretones normal y corriente. Sin embargo, en Salterton, todo el mundo sabía que tu madre nadaba en la abundancia y se morían por saber cómo lo repartiría cuando no estuviera.

—¿Y qué les importa a ellos?

—No seas cándido; los que sólo meten las narices en sus propios asuntos se mueren de aburrimiento a los treinta años. ¿No crees que los hospitales podían esperar algo? Tu padre fue profesor de Waverley muchos años, ¿crees que la universidad no tendía la mano? También la catedral quería su parte. Pero no hay nada que hacer. Y dicen que a ti no te ha dejado ni un mísero centavo. ¿Quién se lo lleva todo? No lo pregunto por husmear, entiéndeme, pero es que me muero de curiosidad.

—¿Lo único que sabes es que las instituciones que esperaban algo no recibirán nada y que el heredero no soy yo?

—Exacto. ¿Vas a contarnos toda la verdad o prefieres que Molly y yo creamos que no confías en nosotros, ahora que somos igual de pobres?

—Supongo que dentro de unos días ya lo sabrá todo el mundo, así que no me importa contároslo ahora.

Solly relató las condiciones que pesaban sobre la herencia por voluntad de su madre. A los Cobbler se les pusieron los ojos como platos y Humphrey soltó un silbido, pero fue su mujer quien habló.

—Podríamos llamarlo imposición de Manos Muertas a los Vivos —dijo—. Supongo que, en cierto modo, es para sentirse orgulloso; en realidad, son pocos los que tienen el valor de utilizar el testamento para vengarse. Por lo general deseamos dejar un recuerdo entrañable, y pocas cosas lo son más que un millón de dólares. Porque calculo que es más de un millón, ¿no?

—No tengo la menor idea —dijo Solly—, pero estoy seguro de que lo de la venganza no es cierto. Es decir, mi madre era caprichosa e incluso muy obstinada, pero vengativa... no, no encaja con ella.

—Por lo que la conocí, a mí me encaja perfectamente —dijo Cobbler—. ¡A ver si maduras de una vez! ¿Me oyes? Tu madre te decía que te amaba y te lo creíste. Te encadenó con su dependencia y lo soportaste porque se hacía la inválida, te tiranizó con la excusa de que estaba enferma del corazón. Se cargaba a cualquier chica que te gustase, hasta que reuniste valor suficiente para casarte con Veronica... o ella para casarse contigo, nunca he sabido cuál de los dos fue. De eso hace poco más de un año. ¿Has vivido en paz, desde entonces? Os obligó a instalaros aquí con ella y la obedecisteis como corderitos, mientras que ella pregonó cuanto pudo el disgusto que le había dado tu matrimonio.

—Oye, que estás hablando de mi madre y sólo hace dos días

que la hemos enterrado. No espero que te comportes como los demás, pero no te pases. Sé mejor que nadie lo difícil que era tratar con ella, pero todo lo que hizo fue con buenas intenciones, aunque desde fuera no sean fáciles de entender. Hoy he repasado el testamento un par de veces; es muy completo y muy personal. Dice que deja el dinero fuera de mi alcance para ponerme a prueba... para saber lo que puedo hacer con mis solas fuerzas. Dice que comprende que va a ser muy difícil y me aconseja que siga el ejemplo de mi padre. Comprendo que... resulte raro, en comparación con las ideas modernas sobre esas cosas, pero es evidente que lo ha hecho de buena fe.

Los demás respondieron con un elocuente silencio.

—En fin, considéralo desde su punto de vista —continuó Solly, cuando el silencio empezó a aplastarlo—. Siempre supo que yo era más bien débil, ha sido el último esfuerzo que podía hacer para fortalecerme.

—De débil no tienes nada —dijo su mujer acariciándole la mano.

—Sí, soy débil. Es decir, no me esperaba un testamento así ni me parece justo, sinceramente, pero comprendo la intención de mi madre. Según tú, Humphrey, es por mi matrimonio, pero eso lo dices por puro desprecio. No es que Veronica le gustase, pero me consta que la respetaba y te aseguro que, en los últimos seis meses, Ronny se portó con ella mejor que una hija. No te casaste conmigo por dinero, ¿verdad? —preguntó a su mujer con una sonrisa.

—No creo que sea eso lo que Humphrey quería decir —dijo Veronica.

—Entonces, ¿qué?

—Querido, si no se te ha ocurrido ya, me va a resultar muy difícil explicártelo. Tu madre te lega su capital, es decir, las rentas que produzca, que viene a ser lo mismo, si tenemos un hijo. ¿Entonces? ¿Nos ponemos a ello con sangre fría y rogamos que sea varón? Y si es niña... ¿lo intentamos otra vez y cuantas sean

necesarias? Ya sabes cómo es la gente. Pase lo que pase, lo interpretarán de la peor manera posible. Seremos motivo de chistes verdes durante años. ¿Es que no lo ves?

— ¡Ah! Estoy seguro de que mi madre no pensaba en nada de ese estilo —respondió Solly.

—Entonces, ¿por qué ha dejado ese testamento? —dijo Molly—. Ten en cuenta que era una mujer de su generación y que no se llevaba muy bien con la práctica sexual. Seguro que pensaba que el sexo os secaría los órganos de la reproducción a los dos. ¡Qué encanto! ¡Qué dulce y maternal!

—De verdad, tenéis que comprender que estáis hablando de mi madre —replicó Solly, un poco enfadado.

—Vamos a ver, Solly —dijo Cobbler—, ten un poco de sentido común. Desde que te conocí, cada vez que estabas deprimido, de lo único que hablabas era de la vida tan perra que te daba tu madre. Te he oído decir cosas de ella que me asombraron incluso a mí... y ya sabes que mi especialidad es nombrar lo innombrable. No la conviertas ahora en santa sólo porque ha muerto.

—Cállate —dijo su mujer—. Solly necesita tiempo para acostumbrarse a la muerte de su madre. Recuerda cómo lo pasaste tú cuando murió la tuya. Estuviste muchos días bramando como un toro, aunque dudo que le dedicaras más de un cumplido las últimas veces que os visteis en vida de ella.

—Eran discrepancias musicales —dijo Cobbler—. Teníamos principios diferentes, pero eso sólo demuestra que éramos tan compatibles que hasta podíamos discutir. Seguro que Solly nunca habló de cosas así con su madre.

—El testamento demuestra lo mucho que le importaban los principios artísticos, o la educación, al menos —dijo Solly.

—No se me ha olvidado que pidió *My Task* para sus exequias —dijo Cobbler—. Por cierto, la factura de ese antojo no es moco de pavo. Tuve que contratar a una chica en el último momento.

—Cantó muy bien —dijo Veronica.

—Tiene buena voz. Se llama Monica Gall y le debemos diez dólares.

—Inclúyelo en la factura que presentes a Snelgrove —dijo Solly—, con los gastos del coro y del organista.

—Yo toqué gratis.

—No, no. Manda la factura a Snelgrove. No quiero que mi madre te deba nada.

—¡Ay, por el amor de Dios! ¡No te pongas así porque te haya dicho lo que pienso! Si quieres que tus amigos te den la razón en todo y acaten tus insensateces, bórrame de la lista.

—¡Callaos los dos! —terció Molly—. Estáis discutiendo como críos. Escucha lo que te digo, Solly. Es fácil que Veronica y tú tengáis que afrontar una mala temporada, pero debéis tomar una decisión ahora y manteneros unidos; de lo contrario, ese testamento absurdo os amargaré la existencia, sobre todo por las condiciones económicas en las que estáis.

—Las mismas de siempre —dijo Solly—. No he perdido mi puesto de trabajo, ¿sabes?

—De profesor auxiliar, bastante bueno para la edad que tienes, aunque el sueldo es mísero en comparación con la vida de hombre culto y bien situado que te correspondería llevar. De todos modos, te aseguro que Humphrey y yo nos las arreglamos con mucho menos. Sin embargo, si no lo he entendido mal, una de las condiciones del testamento es que viváis en esta casa y la mantengáis con tu sueldo, pagando a Ethel y a Doris y pariendo hijos hasta que nazca un varón. Dicen que los hombres inteligentes suelen tener hijas, Solly, y me imagino que tú lo eres, aunque ahora mismo tu actitud parezca indicar lo contrario.

—Lo dijo en un tono tan cariñoso que Solly no se ofendió—. Sin embargo, debes reconocer que tu madre os ha puesto encima las Manos Muertas en el sentido más amplio de la expresión; cuanto antes lo comprendas, mejor podrás afrontarlo.

—Y más vale que no empieces a recriminarme cosas —dijo

Cobbler—. Vas a necesitar a todos los amigos con los que puedas contar, ahora que estás en las filas de los que vivimos con estrechez. Piensa en lo cruel que será ver cómo desaparece todo ese precioso dinero, que podía haber sido tuyo, en la manutención de no se sabe qué señorita y en sus estudios de arreglos florales en los Invernaderos Imperiales del Japón, y todo por cuenta del patrimonio de tu madre. Conque deja de saltar contra mí cada vez que abro la boca. Nunca he tenido nada en contra de tu madre; sencillamente, simbolizaba todos los poderes que me pisan la cabeza desde que tengo uso de razón. Y en prueba de buena fe, brindo por ella.

Se restablecieron las amistades y brindaron todos. Es posible que sólo Molly y Veronica oyeran lo que murmuró Cobbler al levantar la copa: «*Toujours gai, le diable est mort*».*

* Aunque sonría, muerto el perro, se acabó la rabia.